

Año. II No. 11. Semestre B de 2024 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



Givay

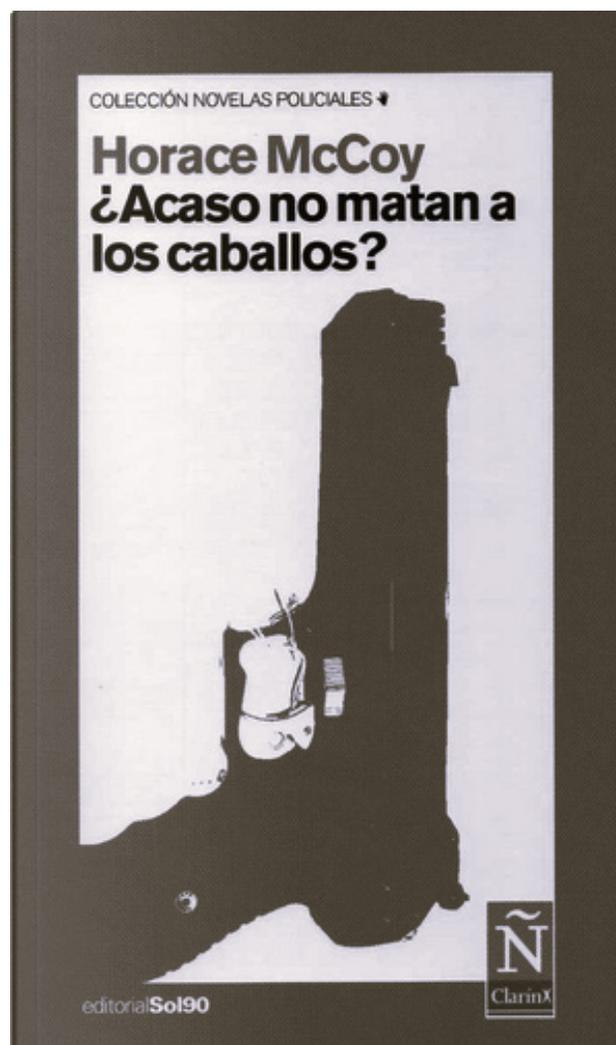
Bailando en el filo de la desesperanza. Reflexiones en torno a la novela *¿Acaso no matan a los caballos?* de Horace McCoy

Ángel Gustavo Córdoba Lozada
agcordobal@ut.edu.co
Docente catedrático
CAT Kennedy, Universidad del Tolima

Introducción

¿Acaso no matan los caballos? Es una novela que con un lenguaje sencillo, cotidiano, sin florituras, ni juegos estilísticos o temporales, narra las vicisitudes de como estadounidenses agobiados por la precariedad, el hambre, el desempleo, la falta de refugio y de oportunidades, ven como única opción para sobrevivir los maratones de baile, los cuales se convirtieron en espectáculos de degradación humana; pero para aquellos que tenían los medios económicos se convirtieron en los espacios de entretención favoritos, donde podían saciar su morbo, explotar más allá su curiosidad, ver al otro en condiciones inferiores, desgraciadas, humillantes y hasta inhumanas.

En la década de los 20 los maratones de baile en Estados Unidos tuvieron un exiguo éxito, su auge y masiva participación se dio a partir de 1929 gracias a la implosión financiera que produjo la caída de los mercados, dando origen así a la "Gran depresión" de los años 30; esto tuvo como resultado que la cuarta población de la fuerza laborar de ese país quedara desempleada, que buscando oportunidades para ganar dinero participaba en cuanta actividad garantizara unos ingresos. Fue así como los maratones de baile se convirtieron en la excusa perfecta para distraer las tristezas, el hambre y la desesperanza por medio de los movimientos rítmicos al compás de la música, todo ello con el fin de seguir sobreviviendo a punta de ganar un premio; pero no tan solo era dinero, la necesidad los llevó en algunos casos a ingresar a estos tipo de concursos porque allí se les garantizaba la comida y un techo



donde guarecerse, también algunos entraban con la ilusión de la fama y el reconocimiento teniendo en cuenta que estos sitios los frecuentaban directores, productores y actores de cine, que los salvarían de la miseria en la que estaban inmersos.

En esta novela se resaltan los matices más cruentos de una época deshumanizada y feroz, donde el hombre es un lobo para el hombre, que lo animaliza o cosifica, convirtiéndolo en un instrumento de rentabilidad (Higuera López, 2011) práctica aún en boga en los sectores productivos. A los participantes del maratón de baile narrado por McCoy les regía una serie de reglas que debían cumplir si deseaban mantenerse en el concurso; los participantes debían bailar por dos horas seguidas con intervalos de diez minutos para descansar, dormir, comer y para realizar sus necesidades básicas, por supuesto debían mantenerse en constante movimiento en la pista de baile. Estas condiciones produjeron efectos adversos en la salud física de los concursantes, como agotamientos extremos, desmayos, calambres intensos, pero no tan solo eran afectaciones físicas, sino también psicológicas como estrés, ansiedad y depresión, todo a ello aunado a las condiciones sociales y económicas de un país en bancarrota.



Horace Mc. Coy.

Para entender esta obra literaria, no solamente debemos remitirnos a la catástrofe financiera de 1929, sino que podemos observarla en los intersticios del desastre del capitalismo feroz actual, donde aún prevalece el debacle económico, el desempleo, el hambre, la falta de educación, aumentan las condiciones precarias, que a la final generan fenómenos sociales de terror y violencia que cada día desfilan por las pantallas representadas en robos, asesinatos, violaciones, gracias a las cámaras de seguridad – visión apocalíptica de George Orwell- que al final desnuda que aún no hemos abandonado la rueda de hámster para tener efectivamente un avance real y que la pobreza, la precariedad, se convierte en un fetiche, todo sea en favor del espectáculo y la rentabilidad para unos pocos.

La precariedad como espectáculo

Los formatos televisivos de la era contemporánea se han caracterizado por desnudar la cotidianidad y las rutinas diarias de algunas personas que participan voluntariamente en dichos concursos; encontramos así una serie de formatos que han perdurado, sobrevivido, transitado a otro tipo y que se han transformado en otros, pero siempre basándose en la complejidad del ser humano al enfrentarse a situaciones adversas, siempre con un objetivo redituable, principalmente para sus organizadores. En sus inicios se caracterizaban por manifestar una cierta similitud con las prácticas de los maratones de bailes, en particular con los que nos narra McCoy; es decir una competencia dura y cruenta en condiciones antinaturales o por lo menos en condiciones que rozaban la deshumanización. Recordemos así uno de los formatos pioneros en nuestro país “Expedición Robinson” un programa televisivo tipo reality show donde podíamos observar día tras día las vicisitudes de unos concursantes que se exponían a diversas situaciones y pruebas, que derivaban en expulsiones o renuncias del concurso; estas condiciones particularmente se relacionaban con las mismas que pudieran tener personas que sobrevivieran a un naufragio, dando así forma a la metáfora relacionada con la novela de Daniel Defoe «Robinson Crusoe», por lo tanto el alimento y el abrigo eran necesidades que se

debían suplir diariamente con mucha dificultad, por lo que las alianzas, la convivencia y desavenencias se convertían en fuentes útiles para lograr sobrevivir en tan espinosas condiciones, pero sobre todo se utilizaban como artilugios para mantener a la audiencia atraída a las pantallas. Sin embargo, las diversas pruebas en las que participaban los concursantes eran realmente el punto álgido de los eventos competitivos – que consideraban aspectos de resistencia física, destreza en las funciones motoras, pruebas de inteligencia y demás- ya que los que no alcanzaban los tiempos o los puntajes necesarios eran expulsados; recordemos como McCoy nos narra varias escenas de una carrera entre los participantes alrededor de la pista de baile, creada principalmente para atraer a más público y generar más ingresos; a los concursantes se les

transfiguró su imagen, el hombre se convierte en equino de alto rendimiento, la mujer un jockey diestro, el cinturón con las anillas que se atan a la cintura, representa la rienda y en el freno para llevar un ritmo, para no perderse y dejarse ir por el agotamiento al suelo; las parejas que llegaban en los últimos lugares o no completaban cierta cantidad de vueltas son eliminadas del evento, como si aquello fuera un hipódromo humano, completamente deshumanizado, animalizado.

Pero no solamente la precariedad o el infortunio del otro se ha convertido en espectáculo en los últimos dos siglos, a través de diferentes épocas históricas podemos observar cómo hombres con medios económicos son patrocinadores de semejantes prácticas humillantes; un ejemplo de esto fue el circo romano, que avalado por el emperador fue uno de los lugares donde se podía ir a “disfrutar” y “entretenerse” con uno de los espectáculos más espeluznantes del mundo, ver como los gladiadores se desmembraban el uno al otro hasta alcanzar la gloria o a observar cómo leones atacaban, mataban y devoraban seres humanos (Shua, 2016). Estas pobres gentes eran por lo general esclavos, prisioneros de batallas o resistencias al imperio y cristianos primerizos. De igual forma en el siglo XVII nacen las primeras exhibiciones de fenómenos, espectáculo

decadente que presentaban a personas como rarezas humanas, los cuales mostraban malformaciones físicas o padecimientos médicos graves, como alteraciones genéticas -enanismo, gigantismo, hirsutismo, intersexualidad, etc.- (Trav, 2005). Observamos solamente en estos dos ejemplos como los seres humanos que están en condiciones desfavorables, se convierten doblemente en víctimas, no tienen posibilidad de escapar de ellas, pero son aprovechadas por otros para congraciarse o para la generación de rendimientos económicos.

Volviendo a los reality show de nuestra era contemporánea podemos observar cómo en gran medida han utilizado a



personajes que representan una colectividad, los cuales han surgido de condiciones socioeconómicas marginadas, truco de mercadeo muy bien utilizado, teniendo en cuenta que la audiencia con esas mismas carencias se ve reflejada en el escenario televisivo, evadiendo así su realidad, sintiendo que pertenece a una élite a la que nunca ha pertenecido, pero que a su vez los sume en una pasividad intelectual que no les permite descubrir que están en un mundo inequitativo y desigual. “El mundo light que proponen muchos programas televisivos es un modo de pensar y pasar la vida, una invitación a no criticar, evitar la densidad argumentativa y buscar las soluciones tecnológicas a los problemas de la cotidianidad.” (Brito Alvarado & Capito Álvarez, 2017, p. 94)

Estos personajes que han venido apareciendo en otros instrumentos mediáticos –redes sociales principalmente-, son adoptados en el reality show, para así generar una representación cultural de ese colectivo al que parecen estar vinculados y de este modo aumentar los niveles de audiencia, lo que simboliza aumentar los niveles de ventas de publicidad; se ha llegado incluso a utilizar medios de votación por medio de la telefonía para que la audiencia salve o elimine a algún concursante. En lo que nos narra McCoy evidentemente sucede esto mismo, dentro de la historia nos cuenta como algunos comerciantes que hacían parte de la audiencia, patrocinaban a algunas parejas que les cayeran en simpatía por su aspecto o su saludable apariencia, ellos una vez admitían el patrocinio, debían utilizar prendas de vestir donde anunciaban un producto o un establecimiento comercial. “El patrocinador solía ser una compañía o firma comercial que regalaba unos jerséis con su nombre o el de sus productos escritos en la espalda, y que además se hacía cargo de todas las necesidades de la pareja concursante.” (McCoy, 1935)

Vemos como existe una falacia y a su vez un galimatías en el texto de McCoy al mencionar que se hacían “*cargo de todas las necesidades de la pareja concursante*”, ya que a decir verdad ellos no estarían en este concurso si no fuera por la necesidad imperante de sobrevivir. A su



vez vemos como existe un aprovechamiento adicional a su precariedad y a su necesidad, convirtiéndose así en sujetos de rendimiento, es decir descubren al hombre y este es transformado en objeto de explotación, porque no solamente explota su tiempo de jornada laboral, sino que a su vez explota todo su ser, su corporeidad, toda su existencia en el mundo (Han, 2014).

El suicidio-homicidio como cura

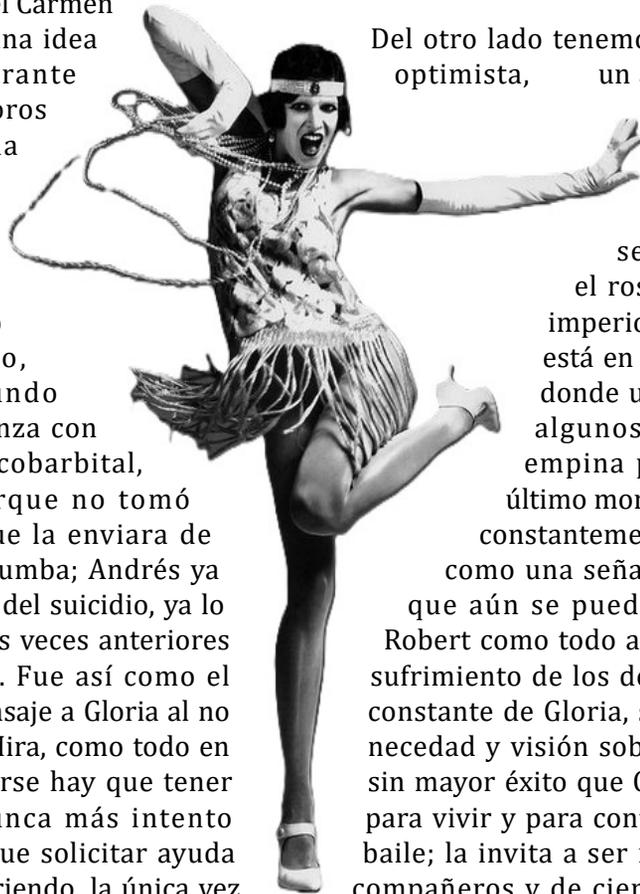
Mientras que en la literatura encontramos a personajes como María del Carmen Huerta, que mueve sus cabellos al aire, los deja danzar libres al viento; mientras ella disfruta en la gozadera, apretada por un negro prieto y sensual, moviendo los pies y la cadera al ritmo sincopado de un chachachá en la rumbantela que se formó en el patio o en el solar de algún lugar de la imaginada Cali de Andrés Caicedo en la década de los setenta; una mujer de sus mismas características

pero de Estados Unidos en la década de los treinta, época de la Gran Depresión, baila, baila y baila, baila con desespero, pero con desgano, baila sin sabrosura, baila para poder comer, baila para poder dormir bajo un techo – no importa si es por diez minutos cada dos horas – Gloria baila para darle horas a esa vida y ver si tiene sentido vivirla.

Gloria Beatty de ¿Acaso no matan los caballos? Tiene más semejanzas con Andrés Caicedo que con María del Carmen Huerta, los dos tenían una idea fija, obsesiva, recalcitrante que expelían por los poros a cada instante, en cada momento, esa idea nihilista de lo absurdo de la vida misma. Para Andrés Caicedo vivir más de veinticinco años no tenía sentido, se marchó de este mundo gracias a llenarse la panza con sesenta pastillas de secobarbital, Gloria no lo logró porque no tomó el veneno suficiente que la enviara de una vez por todas a la tumba; Andrés ya tenía experiencia en eso del suicidio, ya lo había experimentado dos veces anteriores sin éxito, por supuesto. Fue así como el universo le envió un mensaje a Gloria al no morirse a la primera – Mira, como todo en la vida, hasta para morirse hay que tener experiencia- Gloria nunca más intento matarse, por eso tuvo que solicitar ayuda y murió feliz, murió sonriendo, la única vez que sonrió en toda la novela, fue cuando una bala le atravesó las sienes.

Y es que de acuerdo a lo que nos menciona Albert Camus (Camus, 2010) solamente existe una pregunta filosófica sería y válida que hacerse “El suicidio” si la vida vale la pena ser vivida, si es que esto significa algo, teniendo en cuenta que la vida es un espacio de tiempo que está entre la nada y la nada, que tiene la particularidad de golpearte a cada instante con vicisitudes, dolor, incertidumbre, miedos y muy pocos momentos

de alegría. Gloria Beatty cada vez que tiene la oportunidad manifiesta su hastío por la vida, se ve sobrepasada por ella, no tiene la capacidad de comprenderla y de hecho no quiere hacerlo, incluso juzga y recomienda a Ruby Bates una concursante embarazada a que aborte, porque considera que traer niños a este mundo frío y atroz es un absurdo, es un sin sentido. La vida para Gloria es un fardo muy pesado que quiere soltar, pero que es incapaz de hacerlo por sus propios medios.



Del otro lado tenemos a Robert Syverten, un optimista, un amante de la vida, el cual le gusta contemplar a tardeceres, la naturaleza, la fuerza imponente del mar y sentir raudamente el viento en el rostro. Es tal su necesidad imperiosa de vida que mientras está en la pista de baile se ubica donde una claraboya deja entrar algunos rayos de sol y este se empina para recibirlos hasta el último momento en su rostro; siente constantemente el mar bajo sus pies, como una señal de que aún sigue vivo, que aún se puede disfrutar del mundo.

Robert como todo amante de la vida, odia el sufrimiento de los demás, odia la quejumbre constante de Gloria, sus ansias de morir y su necedad y visión sobre la vida. Robert busca sin mayor éxito que Gloria encuentre motivos para vivir y para continuar en el concurso de baile; la invita a ser más gentil con los otros compañeros y de cierta manera a manifestar un poco de alegría para así, de pronto llamar la atención de algún productor o director de cine y se pueda convertir en la nueva estrella, salida del estercolero humano, que a su vez escapa de las fauces de la muerte; pero es inevitable Gloria ya está más del otro lado.

¿Acaso no matan a los caballos? Es comparable con el mito de Sísifo, donde Robert es un Sísifo moderno que quiere hacer el bien, ser el héroe que salva a Gloria de una vida miserable, su pasión por la vida y odio por el sufrimiento ajeno, lo llevan a pagar

una condena. Ese gran baile que es la vida, es esa gran roca que deben subir por la colina día tras día, que se hace pesada cada vez que se cree que se está llegando a la meta, es trágico en el momento en que se es consciente del absurdo, como del hecho de que de ese maratón de baile no sacaran ningún beneficio, ningún premio será entregado y si así fuera es posible que volvieran al mismo sitio, a la llanura donde empieza la falda de la colina para reanudar la eterna ascensión. No, Gloria no desea eso, ya comprendió que aun así hubiesen ganado el premio, su felicidad no está supeditada al dinero o a mejores condiciones, entendió que vivir es un absurdo; Robert al comprender también que Gloria tiene el alma rota, como le puede suceder a un caballo que se rompe el tobillo, decide como un acto de piedad y misericordia sacar a Gloria de su sufrimiento de un balazo.

Conclusiones

La literatura es muestra de nuestra cotidianidad, la literatura es un recorrido histórico de la humanidad, en la cual podemos mirarnos y reconocernos, y tal vez comprendernos.

¿Acaso no matan los caballos? Es una novela que nos lleva a reflexionar como las personas pueden ser objeto de transfiguraciones de lo humano a lo económico, convirtiéndolas en un producto, en una mercancía, que desvirtúa su esencia divina y humana.

Actualmente en nuestra sociedad del alto rendimiento, de planes de trabajo, de metas e indicadores de calidad, se habla constantemente de *marca personal*, una manera de presentarse ante la sociedad consumidora como un ente que puede prestar servicios o convertirse en un producto intangencial, prácticas promovidas por la ilusión del éxito y la libertad financiera que crean los sujetos de rendimiento de los que nos habla Byung Chul Han, los cuales se explotan así mismos sin necesidad de amos.

McCoy solamente es quien nos sostiene el espejo para que miremos nuestro reflejo, nuestra perdición como seres humanos, que sublimamos en primera medida el dinero y dejamos en segundo plano a las personas.

Como obra literaria es interesante ver como con una sencillez pasmosa, sin tanto e incluso nulos recursos estilísticos y pocas figuras literarias puede producir un efecto estético que puede herir en lo más profundo de nuestras conciencias, porque nos vemos reconocidos en cada personaje que baila para sobrevivir. Es imposible separarlos de nuestra cotidianidad, muchos de nosotros fuimos vendedores puerta a puerta, fuimos carne fresca para las bolsas de empleo que no ofrecían oportunidades laborales reales, fuimos prospectos ideales para las pirámides disfrazadas de mercadeo en red; es por ello que tanto Robert como Gloria entre otros, los encontramos cercanos y necesarios para pensar como no dejarnos llevar por un camino aparentemente fácil, pero que es la viva presentación de la rueda para hámster, sin avance humano real.

Referencias

- Brito Alvarado, L. X., & Capito Álvarez, P. (2017). El reality show, entre el entretenimiento y el espectáculo: discursos mediáticos contemporáneos - Dialnet. *Revista de antropología experimental*, 17, 93-104. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6045403>
- Camus, A. (2010). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica*. Herder.
- Higuera López, D. (2011). Del manejo de personal a la dirección de personas. *INNOVAR Journal*, 21(40), 67-80.
- McCoy, H. (1935). *Acaso no matan a los caballos*. Navona.
- Shua, A. M. (2016). *Fenómenos de circo*. Editorial páginas de espuma.
- Trav, S. D. (2005). *No applause, just throw money, or, The book that made vaudeville famous: a high-class, refined entertainment*. Faber and Faber.



ERGOLETRÍAS

